

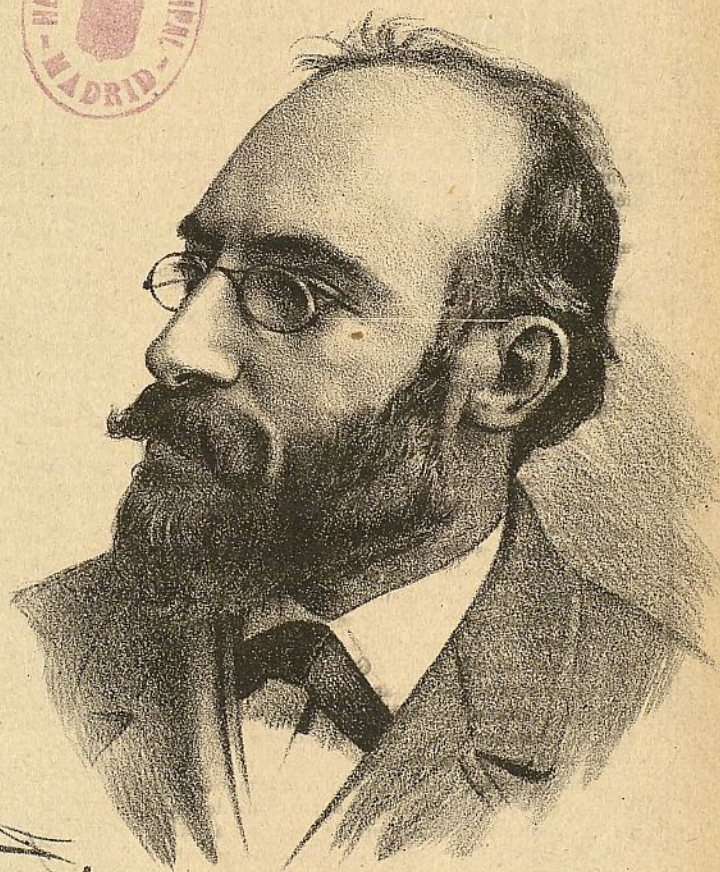


# Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

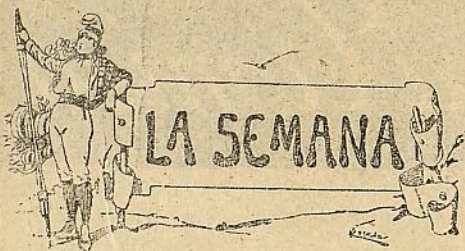
NUESTROS ESCULTORES, POR ESCALER.



Escalier

TORCUATO TASSO





El sufragio universal va á pasar á *vias de hecho*. En no sé qué población de España se ha declarado la *triquinosis* y mueren los individuos llenos de gusanos, como dicen que murieron Herodes y Pilatos. Boulanger va á salir de su Insula Barataria ó baratera. Pero ¿quién para mientes en tales menudencias ante la unánime petición de los obreros que á vez en cuello exigen: «Menos horas y más cuartos?»

¿Para qué el amplio sufragio, si ya todo el mundo vota, y vota con rara unanimidad á un mismo candidato?

A *Brios*, que de esta hecha resulta diputado por aclamación.

Que la triquina convierte á los pacientes en nidos de gusanos. Pues se les forra con papel de estaño, como al queso de Roquefort, y ¡adelante con los médicos! es decir ¡adelante con los faroles!

Que ya tenemos á Boulanger de vuelta, ó de vuelta y media.

Tanto mejor para los ciudadanos que ven con horror entrar la huelga en las tahonas.

Porque yo supongo que, ante las desdichas de la patria, el solitario de Jersey apresura su vuelta, no como general, sino como *panadero*.

Pero no hay consuelo posible ante los desórdenes tardíos y trasnochados de que somos víctimas.

Y les llamo trasnochados y tardíos, porque estaban anunciados para el día 1.º, pero sin duda no se hizo entonces más que el paseo de las cuadrillas, dejando todas las peripecias de la lidia para los días siguientes.

Hasta ahora es Barcelona la única capital en donde se ha proclamado el estado de sitio y no sabemos si nos dejarán en el sitio por muchos días.

Los trabajos de *carga* que se habían suspendido en el puerto los ha reanudado en la Rambla la caballería del ejército y de la Guardia civil.

Los estudiantes no entran en clase y hacen bien.

Porque, estando prohibidos los grupos ¿con qué cara se presenta en la calle un alumno del tercer grupo de Derecho, *verbi gratia*?

Como la ciudad está ocupada militarmente y no hay calle donde no veamos una compañía de cazadores, calculo yo que es hora de designar á las calles, no con un título, sino con una razón social.

Calle de Fernando... y compañía; calle de Aragón... y compañía. Esto contribuiría á dar más respeto á la autoridad militar.

—Mira, Fulano, —dice á su marido una señora después de asomarse tímidamente á una vidriera— ahora pasan los cazadores por la calle.

—¿De veras? ¿y van muchos?

—Muchos ¡ya lo creo!

—Pues quita las jaulas del balcón en seguida. Tu no sabes lo que son los cazadores. A falta de codornices, es muy posible que la emprendan con los canarios y mirlos de la vecindad.

El «alerta» de los centinelas, el rápido trotar de los piquetes que patrullan, las voces de mando, el ruido de armas y alguno que otro tiro, para que no perdamos la costumbre, tienen en perpétua zozobra á las gentes sensatas.

Un vecino pacífico se asomó al balcón y el centinela

—¿Quién vive? —gritó echándose el fusil á la cara.

—Usted, si acaso —respondió el caballero;— porque lo que es para nosotros, esto no es vivir.

En el sensible pecho de las criadas de servir ha renacido la calma desde que las tropas ocupan las calles.

Al ir al mercado, no se tropezarán con anarquistas soeces y mal vestidos que les pongan la mano encima y les echen el guante á la cesta, sino con esos bizarros hijos de Marte, tan bien equipados, tan bien vestidos y, sobre todo, tan bien armados.

A una cocinera que tiene relaciones con un gas-tador, muy buen mozo, le decía ayer la señora:

—Vé á la compra; pero ¿no te asustarán los centinelas?

—¡Ay! no señora; pues ¡poquito gusto me dá á mí que me echen el alto!

Pero ¡es claro! como en estas circunstancias no todos los vendedores se atreven á ocupar sus puestos y la demanda de comestibles es mayor, el precio de los artículos sube como la espuma y hay que hacer cola delante de cada parada ó mostrador.

Ya era cerca del mediodía cuando entraba la otra mañana en casa una criada de servicio.

—¡Hermoso mazo de espárragos! —dijo la portera examinando la mercancía.

—Haga V. el favor de no entretenerme. Creo que me vá á gritar la señorita.

—¿Qué! ¿le ha costado mucho? —prosiguió la portera sin dejar el manito.

—Si señora: una barbaridad.

—¿Cuánto?

—Cinco cuartos...

—Pues es baratísimo.

—Cinco cuartos... de hora, mujer. ¡Déjeme usted en paz! Estaba aquel puesto lleno de gente.

Dios nos saque con bien de este amago anarquista, que cuando venga el otro, el que más y el que menos tendrá una blusa para ponérsela en días de geligro é irá de gorra á todas partes, sólo con el fin de desterrar el burgués y antipático sombrero hongo.

—¿A dónde vá usted? —le decía un guardia á un obrero.

—A unirme á los huelguistas.

—¿Con qué objeto?

—Con este garrote.

★

★

La consecuencia más amarga de este estado de cosas ha sido la suspensión de la corrida de toros, medida tomada en casi todas las capitales donde se tenían alteraciones del *orden*, que pudieran producir las mismas alteraciones en otro sacramento: el bautismo, vulgo crisma.



Era cosa de decirle al Capitán general del distrito:  
—¿No vé V. E. lo que ocurre en las Ramblas todas las tardes? Pues ¿qué le importa á V. E. una corrida más?

Sin duda el empresario, como el gobernador, ha resignado el mando en la autoridad militar.

Porque esta es la única que puede echarnos el toro.

Es de sentir la suspensión, más que por nadie, por los obreros, que hubieran visto en la plaza lo que ellos desean.

Cambiar de suerte.

Pero la resolución está bien tomada.

¿Cómo permitir que flamease en la plaza la muleta de color rojo, es decir, anarquista puro?

¿Cómo permitir que se *den la gas*, cuando funcionan los tribunales militares con procedimiento sumarisimo?

¿Cómo exponerse á que el matador hiciera propaganda socialista en sus brindis?

—¿Qué te parece lo de la Plaza de Toros?—preguntaba un aficionado á otro.

—Que no le veo la punta.

—Siendo como es redonda ¡es algo difícil!

LUIS ROYO VILLANOVA.

## ESTAN DE HUELGA!...

¡De huelga están, si señores!  
¿Qué extraño que estén de huelga, si para vivir *holgados* enemigos somos de ellas?

Presumo comprendereis me refiero á las *obreras* que en el taller del espíritu regulan nuestra conciencia.

Inactivas las virtudes, indiferentes se muestran al *trabajo* de los vicios que ni un momento nos dejan.

De esto viene que los hombres, pudiendo hacer de la tierra deleitable paraíso, en infierno la conviertan.

¿Sabeis por qué Don Ciriaco de mendrugos se alimenta, en tanto guarda en sus arcas incalculables riquezas?

Porque la usura maldita á su corazón se aferra y en *huelga* la caridad, se aparta de su vivienda.

¿Sospechais por qué razón la encantadora Lucrecia, no imitando á la romana,

de ser vencida se alegra?

Porque en *huelga* se declaran su honestidad y pureza, al ver honrar á las *fáciles* y ultrajar á las doncellas.

¿Me diréis por qué motivo Antonio, autor de comedias, ínfulas se dá de Inarco siendo un misero Comella?

Claro se explica: allí donde *trabaja* la insuficiencia, que esté de *huelga* es preciso la ingénua y franca modestia.

Si algun banquero, de Caco sigue las garbosas huellas y se eclipsa con el oro que tantos afanes cuesta,

es que honor y probidad de su conciencia se alejan y en *huelga* forzosa viven, ya que en su pecho no medran.

Si un diputado apechuga con el ministro de... etcétera, transigiendo docilmente con sus públicas ideas,

es que, cuando el egoismo de un cerebro se apodera,

*huelgan*, por estar de más, la lealtad y la vergüenza.

Y en fin, si cambia el letrado su dictamen en monedas, y el militar su bravura, y la virgen su inocencia;

si cae en brazos, la viuda, de un *quidam* que la consuela; si se olvida el amor patrio y del hogar se reniega;

si viste costosas galas aquel que no tiene hacienda y es el mayor enemigo el amigo que nos presta,

es que amistad, fé, constancia, honra, justicia, prudencia, discreción y cortesía, moralidad y grandeza,

ante el imperio ostentoso de la infamia y la soberbia, de la sórdida avaricia y traidora indiferencia,

prostergadas y abatidas, solemnemente protestan, y para aumento de males *hace* tiempo están de *huelga*!

JOSÉ M.<sup>a</sup> CODOLOSA.

## SERENATA.

Un joven elegante y acaudalado, que pasa por modelo de cortesía, aun siendo un poco imbecil, llegó á tu lado y graznando te dijo que te quería;

tú entonces olvidaste tu juramento, yo perdí para siempre mis ilusiones, y nuestros amores los llevó el viento, donde á veces se lleva las oraciones.

¡Bien sé que procediste muy cuerdamente! ¿Qué harías tú conmigo siempre á tu lado, siempre tan pensativo, tan exigente, y poeta, y celoso, y enamorado?...

Como el rayo del cielo troncha los robles,

(r) Cura.

siendo tan poderosa su resistencia; las ideas más puras y la más nobles también tienen un rayo: la indiferencia.

Es para ser ingrata medio seguro el tener la evidencia de ser querida... ¡Y un desagradecido no es un perjurol ¡Solo cumple la eterna ley de la vida!

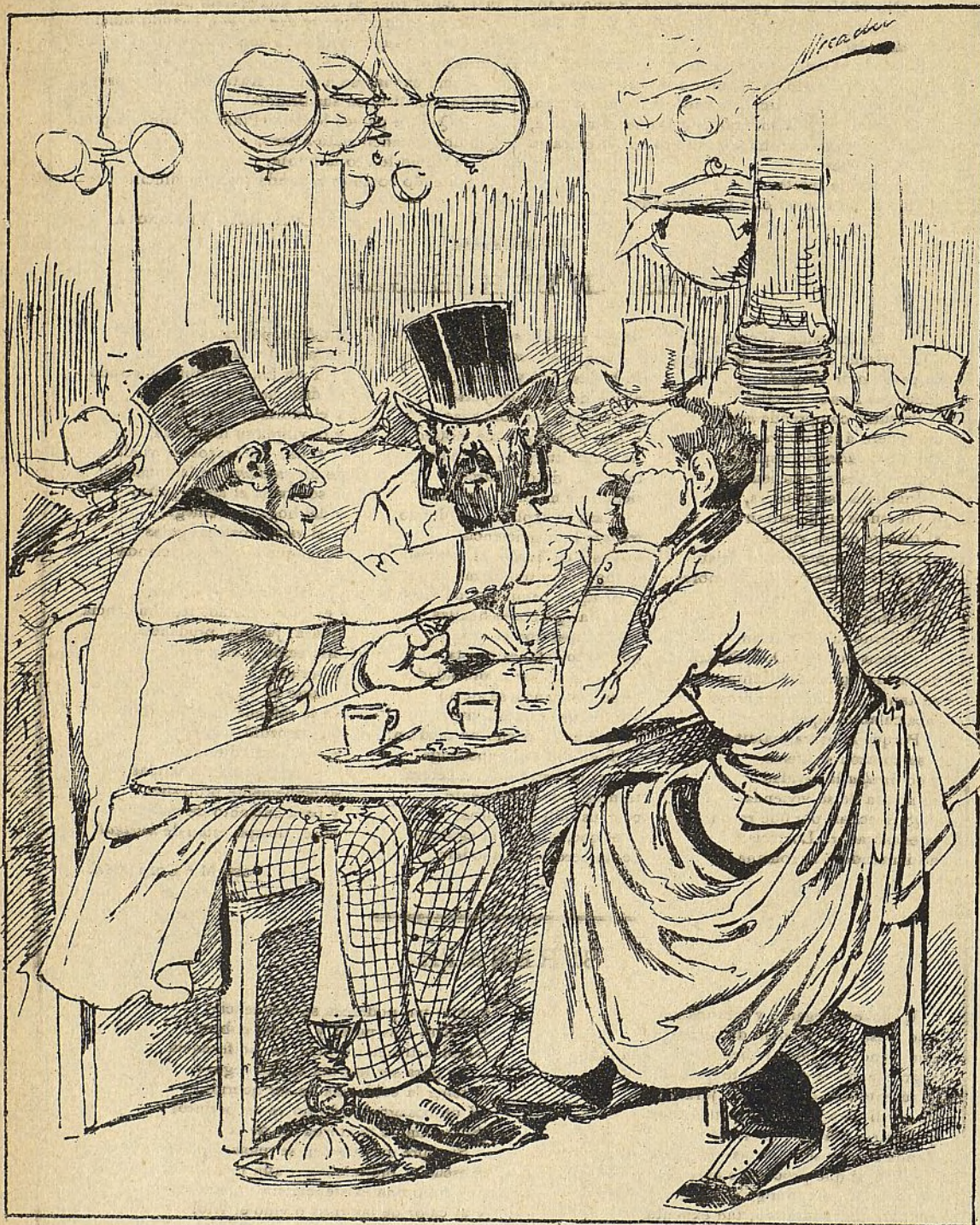
Siempre que alguien se queja de ingratitudes, le escucho indiferente, y aún me sonrío....

¡Yo finjo una existencia sin inquietudes y al calor de las risas olvido el frío!

Si no me despreciaras, confesaría que siendo mi cariño tan verdadero,



EN EL CAFÉ, POR MECACHIS.



—Figúrese Vd. que el señor opina que la huelga de cargadores del puerto ha perjudicado mucho á la ciudad; y el señor, por el contrario, sostiene que apenas se ha notado. ¿Qué le parece á Vd?

—Que no se ha notado, porque cargar... ya lo ha hecho la caballería durante estos días.



## EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. POR PONS.

LOS POSTERGADOS,



—Pero si le han rechazado á Vd. éste ¿por qué no presenta otro cuadro?

—¡Ay, no! Mi familia es la que lo presenta: ¡un cuadro desgarrador, caballero!

¿Con que desechado, eh?  
¡Desechado! No hay cuidado.  
Se la he jurado al Jurado  
y... yo les arreglaré.

—Era un Cristo, señora. Y me lo han rechazado. Ya ve Vd.: ¡un Cristo de Velazquez!

—Pero ¿no era de Vd?

—Sí, señora: pero es que Velazquez soy yo. Me llamo Velazquez, para servir á Vd.

Yo creo que no me lo han admitido por razones de higiene privada. Mi cuadro era una marina y estaba muy bien pintado. Pero como el presidente padece de reuma...



¡sin ser tú tan voluble, no te querría!...  
¡no te querría tanto como te quiero!.

Yo soy de los que adoran lo misterioso,  
lo más desconocido, lo inasequible;  
no sé querer de veras sin ser celoso;  
desprecio lo posible... porque es posible.

Tus ojos desdeñosos dicen tu olvido  
y aún juzgo tu mirada tan elocuente,

que si me miras creo que me han caído  
dos estrellas del cielo sobre la frente.

Ni mi despecho temas, ni mis pasiones;  
por más que en ti yo cifre mis ilusiones,  
sé que ni me convienes, ni te convengo..  
¡Porque tú vales, niña, muchos millones!  
¡Vales muchos millones, que yo no tengo!

RICARDO J. CATARINEU.

## LOS ZAPATOS VIEJOS

Todas las mañanas mela hallaba al paso, rebujada en su mantoncillo marrón, raído y falto de pelo por el uso, y envuelta la cabeza en una endeble toquilla oscura que la orlaba el rostro con un gracioso marco de madroñitos de lana. Vestía con pobreza, pero el aire con que llevaba sus míseros atavíos delataba la coquetería natural de los veinte años, que se enamora de la caída de una falda ó de las cintas de un corpiño. Desde luego se advertía en el aspecto de la muchacha la escasez, mas no el abandono. Sus ropas estarían vueltas al revés mil veces, reformadas y tornadas á reformar, persiguiendo la moda, pero su hechura no pecaba de antigua ni trasnochada; se descubría además en la chiquilla gran cuidado de su persona, estremada limpieza, cierta alegre complacencia de sí misma. Podría contar á lo sumo las veinte primaveras que cierran el período de aurora de la mujer, y era una criatura alta, garrida, sonrosada, con ese suave color de la adolescencia, que las privaciones empalidecen, sin conseguir borrarlo nunca del todo; la naturaleza habíale dotado de unos ojos pardos melancólicos, contemplativos, con algo de reflexivo en sus pupilas, y por entre los madroños de la toquilla se le asomaban algunos rizos rubios que se le enroscaban es; óntáneamente, formándole un flequillo, y que daban á su semblante un sello apacible y sereno; á primera vista distinguíanse en sus facciones un atractivo singular, una dulzura suprema; mas que la pureza de líneas poseía el encanto de la expresión.

Yo me la encontraba en la calle de Alcalá, y se perdía por la de Cedaceros; indudablemente, dirigíase á algun taller á ganarse el amargo pan que la aguja proporciona, las insuficientes dos pesetas, que apenas si alcanzan para el triste cocido que ha de sostener acaso á la madre enferma ó á los hermanitos incapacitados de ayudarla, quedando sin cubrir el alquiler de la buhardilla y los gastos imprescindibles de ropa; sin duda ninguna, el andar de palmípedo de la muchacha, su gracioso contoneo de caderas, su pasito menudo, breve, discreto, el garbo con que llevaba sus guñapitos, dejaban adivinar en ella á la desenvuelta modista acostumbrada á caminar sola á la fuerza por el mundo. Y todas las mañanas me acontecía lo mismo; todas las mañanas me producía igual lástima no solo la delgadez de aquella infeliz acusadora de un exceso de trabajo; su demacramiento naciente, iniciado, como el de esos pétalos de rosa que muestran la punta seca; el raidillo pañuelo que no serviría á buen seguro para librarse del helado zarzagan que

se venía soplando del Retiro, la idea de su desesperada situación, de su desgracia enorme, que la sacaba del lecho, robándola esa hora dulcísima del sueño matinal, poblado de ilusiones, exponiendo su frescura, su delicadeza, su cuerpecillo debil á los rigores del mal tiempo, á los embates de la lluvia, á la humedad; la consideración de que se pasaría el día entero, hora tras hora, encorvada sobre la labor, destrozándose poco á poco los pulmones; no ya sólo estas reflexiones me apenaban el ánimo; lo que me entristecía más profundamente era el deplorable calzado de la muchacha, los zapatos que usaba, unos zapatos disformes, más grandes que su pié, agrietados, sucios, sin el más leve rastro de betún, comidos de tacón y agujereados de suela y algo doblados por la punta con el descaro de todo calzado viejo.

Aquellos zapatos descocados, con esa falta de pudor de la miseria baja, que no le importa descubrir sus harapos astrosos, me producía un malestar grandísimo. Parecíame que la verdadera infelicidad de la modistilla no debía cifrarse en sus cortos recursos, en sus muchas horas de taller, en la enfermedad de su madre, en los madrugones, en lo cerrado de su vida sin porvenir y sin sol, sino en aquellos zapatos machuchos, gastadísimos, que insultaban á sus frescos veinte años. Sentirse en el dulce Abril de la existencia; oír el corazón allá abajo murmurando algo con ternura, decidido á amar á toda costa; verse en el espejo todos los dientes blancos y recios, con la fortaleza de la edad nubil, las megillas sonrosadas, los ojos grandes, el cabello sedoso, la sonrisa llena de atractivo y de luz; escuchar la respuesta de la luna que llama linda á la muchacha que la consulta; sisarle algo al mísero jornal para prenderse una flor, poderse perfeccionar con maña los vestidos, adaptándolos á la moda, y distinguirse bajo el extremo de la falda, desfigurando los piés, ocultando sus menudencias, unos horribles zapatos rozados, perdida la hechura por el uso, levantada la piel, blanquecinos, es la más tremenda de las desventuras para la mujer cuando atraviesa la juventud creyéndose creado todo para ella. Pensando de tal suerte, todas las mañanas le regalaba á mi modista, *in mente*, unos zapatos nuevos de charol.

De pronto dejé de encontrarme por las mañanas á la modistilla de los zapatos viejos. Los primeros días me acordé de ella al llegar á la calle de Cedaceros; después, como nada me importaba, la olvidé y su remembranza desapareció en mi memoria arrebatada por el remolino continuo de la vida. Los años se sucedieron con su cortejo de alegrías y tristezas; una vez, pasado largo tiempo, en cualquier sitio, no sé donde ni cuando, me topé con una mu-



chacha ataviada con cierto lujo, que cruzó delante de mí. Era ella: la modistilla de por las mañanas. La reconocí al punto, é instintivamente, sin darme cuenta de mi impulso, me aproximé para distinguirla de cerca. La infeliz llevaba el rostro embadurnado de colorete, el ángulo de los ojos aumentado con negro de humo, los labios teñidos de carmín, pero debajo de sus afeites se adivinaba la palidez cadavérica, la muerte que se lleva á su víctima des-

pacito. La muchacha, como es natural, no me recordó jamás se había fijado en mí; al notar mi atención me hizo una seña sonriéndose; como casualmente, para atravesar un charco, se levantó la falda, enseñando un pié pequeño y lindísimo, calzado con un precioso zapato de charol y entonces ne dió más lástima de ella que cuando me movía á compasión el encontrármela con los horribles zapatos viejos!..

ALFONSO PEREZ NIEVA.

## CONTRATIEMPO.

Tras de largas relaciones y preñados... de ilusiones, decidieron Pepa y Juan que el cura de San Millán les diera las bendiciones.

Iba la novia divina vestida de raso y tul, la madre con traje azul y el padrino y la madrina con el fondo del baul.

Llegan al templo de Dios, y cuando en él van á entrar Pepa y Juan, del cura en pos, se plantan entre los dos tres chulas de armas tomar.

Dando voces la *Chatilla*, la *Vicentona* y la *Ardilla*, con tal furia y tal descoco zurren á Juan, que por poco le dejan hecho papilla.

Le dá un síncope al padrino, sale el ciero, llega gente, las chulas pegan sin tino á los novios y á un teniente (1) que se cruza en el camino,

y gritan á Juan:—«¡Malvado! ¡Canalla!... ¡Sinvergonzón! Después de lo que ha pasado y de habernos engañado ¿te casas con un pendón?

Hay que ver si lo impedimos en pago de tus locuras, y aquí á jurarlo venimos por las pobres criaturas con que te favorecimos.»

Pepa, sin poder hablar y convulsa y medio muerta, quiere á la calle escapar, saliendo por otra puerta que tiene el santo lugar, y el pobre Juan, aturdido, sigue á Pepa, tiembla y calla, y acaba el lance y el ruido quedando el azahar perdido sobre el campo de batalla.

Logran el templo dejar; pero á la salida ven que á Pepa han ido á esperar tres chulos de armas tomar: el *Soba*, el *Ruiz* y el *Chipén*.

De ella se ponen delante y allí los tres la maldicen del modo más denigrante, pues la Pepa, según dicen, de los tres ha sido amante.

Juan con los chulos se lía é inútil por varios puntós le deja la chulería...

¡Cuántos cardenales juntos hubo en la iglesia aquel día!

La bronca fué colosal.

Viendo el pleito mal parado y el enlace fracasado, de los novios cada cual huyo por opuesto lado, y con esta tremolina sus amores dieron fin.

Hace un mes me dijo Pina que Juan estaba en Berlín y Pepa estaba en... berlina; pero hoy me han dicho, y lo creo, que olvidando aquel jaleo se han casado Pepa y Juan... el uno en San Sebastián y la otra en Montevideo.

JUAN PEREZ ZÚNIGA.

## LOS CUENTOS QUE ME CONTABA

### MI MADRE, SIENDO YO NIÑO.

Al calor de su regazo y entre despierto y dormido... ¡los cuentos que me contaba mi madre, siendo yo niño!

—«Pues, señor (todos los cuentos tenían igual principio)

Pues, señor: este era un padre á quien dió el Señor por hijos á Juan y á Pedro. Juan era de los dos el mayorcito y el mejor... porque era un santo, dócil, afable, sumiso,

aplicado, y obediente, y cariñoso, y sencillo.

Todo lo contrario, Pedro era indómito y arisco, travieso, holgazán, huraño, y despegado, y altivo.

Pues, señor: ocurrió un día que queriendo los dos niños ir al teatro por la tarde con varios amigos, pedirle á su padre una peseta les fué preciso.

—¡Cómo se entiende, tunante!— tú no irás, porque eres malo, desobediente y altivo.

—Toma—á Juan dijo despues, echando mano al bolsillo— tú si irás, porque eres bueno, y cariñoso y sumiso.

Conque... Juan se fué al teatro, donde estuvo divertido, y Pedro se quedó en casa llorando como un bendito...



## COMLOT HORRIBLE, POR CILLA



¡Cielos! ¿qué era lo que oía el cabo Suarez?



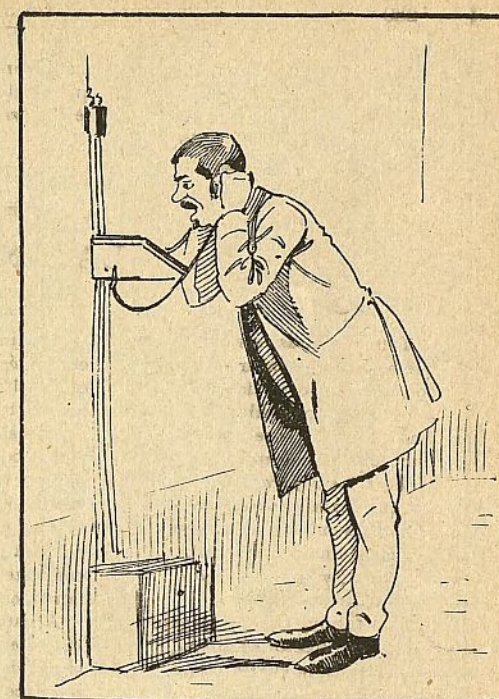
—Sí; no había duda: se trataba de un complot y...—¡esto sí que era grave!—de un complot contra la vida de Su Magestad.



—No lo dude V. S., ¡acabo de oírlo; se trata de atentar á la vida de S. M. la Reina.  
—¡Córcholis! Voy á parte al ministro.



—Puede V. E. estar seguro de ello: el cabo Suarez, que lo ha oído, ha venido corriendo á participármelo.  
—¡Demonio, demonio! Hablaré con el Capitán General y...



—¿Es al Capitán General á quien hablo?  
—¿El ministro de la Gobernación. Acaba de darme parte el Jefe de Policía de que se ha descubierto un complot contra la vida de S. M. la Reina...



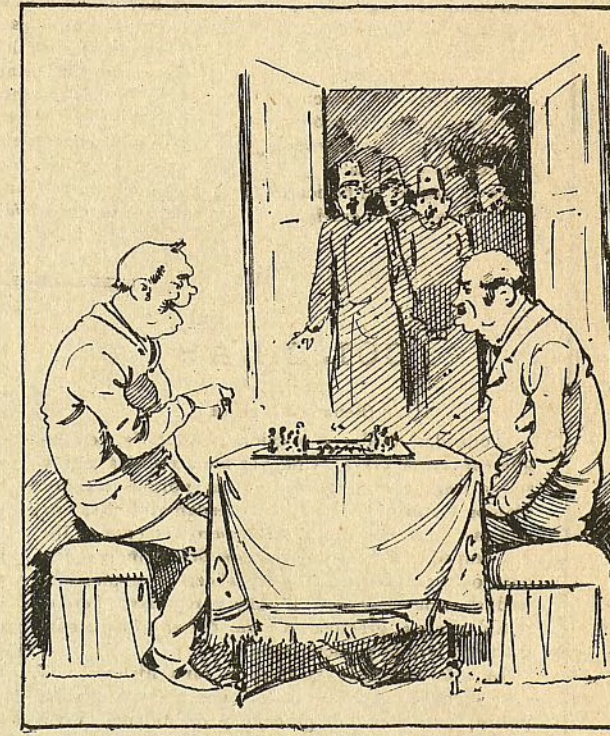
Pocos minutos despues, el Jefe de Policía, guiado por el cabo Suarez y seguido de 20 individuos del cuerpo, se acercaba á la casa albergue del crimen.



¿Qué hacer? Lo mejor era entrar de pronto, para caer de improviso sobre los culpables.



Así lo hacen y...



y aparecen en la puerta del cuarto, á tiempo que D. Simón le decía á D. Senen, que con él jugaba:  
—Vaya, ha perdido Vd. la partida. ¡Cuando le decía yo á Vd. que mataría la Reina!...



Así tú, si vivir sabes  
como Dios manda, hijo mío,  
y eres bueno como Juan,  
y no, como Pedro, un pillo,  
tendrás almas generosas

y corazones amigos  
que en el teatro del mundo  
te reservarán buen sitio.»

Bueno, madre. Te aconsejo  
sigo obediente y sumo.  
Mas la peseta de ende...  
di, madre ¿a quién se le pidió?  
DANIEL BLAT CO.

## LA ANUNCIOMANÍA

Tiempos atrás, los chiquillos  
que al campo á cazar salían,  
con el reclamo atraían  
á los pobres pajarillos;  
mas de la caza en el ramo  
hubo una transformación  
y ahora los pájaros son  
los que cazan con *reclamo*.

Se ha sometido á su yugo,  
por mezquina recompensa,  
la prensa, y usan la *prensa*  
para sacarnos el jugo.

Con tal que corra el dinero,  
cualquier director se allana,  
no á vender la cuarta plana,  
sino el periódico entero.  
Mil artificios inventa  
entonces el comprador,  
cae en la trampa el lector,  
—si es que no cae... en la cuenta,—  
y el industrial ha logrado  
ver la buena fé burlada  
y ya su misión sagrada  
la prensa ha desempeñado.

De esta pícaro afición  
los resultados peores  
son que ahora los redactores  
no encuentran colocación;  
pues en forma amena y varia,  
redactan hoy un diario  
entre un sastre, un boticario  
y una empresa funeraria.

¿Qué industrial quiebra en el día  
con un *órgano*, contando  
que suelte de cuando en cuando  
toda la trompetería?

Hay algunos, entre los  
periódicos más formales,  
que por tres ó cuatro reales  
venden un aplauso... ú dos.

¿Qué pintor ó literato  
no pasa por un talento  
con este procedimiento  
tan sumamente barato?

Artistas de corazón,  
¿a qué en buena lid luchar  
si podéis aprovechar  
tan excelente ocasión?...

Si prosigue con lo mismo,  
á ninguno se le esconde  
que al vil tráfico es adonde  
va á parar el periodismo.

Ya hasta las noticias llega  
de los bombos el estrago:  
ya hay las noticias *de pago*  
—que son noticias *de pega*.—

De un diario á leer se empieza  
una sección importante  
y en lo más interesante  
con un: ¡ojol! se tropieza;  
y se advierte con enojo  
que hay más abajo otro igual  
y se encuentra á un industrial  
debajo de cada ¡ojol!;

los cuales, por lo que valen,  
gustan de exhibirse allí  
y se colocan así,  
aunque salga lo que salga.

También se puede afirmar  
que el problema se ha resuelto  
de convertir cualquier suelto  
en una red de pescar.

Y es que al anunciante le harta  
la plana cuarta, y manera  
busca de invadir primera,  
segunda, tercera y cuarta.

Ya el momento se aproxima  
de que halle de hacerlo el modo:  
eso de sacar el *todo*  
sólo es cuestión de la *prima*...

De tantas vergüenzas á  
seguir hablando renuncio:  
baste decir que el anuncio  
ha llegado al colmo ya.

Sincero la atención llamo  
de mis queridos lectores:  
¡ojol! con los cazadores  
que se valen del reclamo!

Alguien que el adagio oyó  
asegurarnos pretende  
que el que no anuncia no vende...  
*Ahora...* no digo que no.

Pero cuando se comprenda  
el engaño y se denuncie,  
¿puede que quien más anuncie  
menos venda!...

FERNANDO SEGURA.

## COLILLAS

(Retratos á la pluma.)

Todas las tardes, á la caída del sol, la veía jugar en la playa. Una vez me acerqué á ella y si npatizamos en seguida, quizás porque los dos éramos víctimas de una soledad espantable. Era una mocosa: diez años cumplidos, pero enclenques; iba desarrapada, sucia, cubierta con dos guñapos descosidos y asquerosos, con la cabeza y los pies desnudos; tenía el aspecto huraño y repulsivo; pero el semblante era gracioso, á pesar del aire displicente y triston que le caracterizaba.

La niña me contó su historia, una historia vulgar, dicha á tropezones, con una palabra diluida, pobre, pero llena de gracejo y de dulzura. Vivía

como las águilas, allá en lo alto de aquel castillo derruido y ruinoso, puesto en la cumbre de una de las montañas que dominan la población; en aquel niduco destartado se recogía las noches estivales con su madre, una mujer alta, fea, canija, desabrida y áspera, que la golpeaba por el más fútil motivo; las de invierno solíalas pasar acurrucada en la sombra de cualquier portalón, si los vigilantes no la tropezaban y la echaban á rempujones; comía las sobras de los cuarteles cuando los holgazanes y los *mendigos mayores* le dejaban espacio para llegar al caldero é introducir su escudilla desportillada por entre los harapos de la compacta fila de hambrones. Cuando o, la pobrecilla pasábase de sol á sol en implacable ayuno.

No había que pensar en que su madre remediara semejante injusticia; una vez que le fué con el cuen-



to, añadiéndole con los ojos arrasados que tenía hambre, contestóle con voz chillona y alterada por la ira, al propio tiempo que le alumbraba media docena de furiosos estacazos: «Anda, que deberían llevarse los dengües, por torpe é indigna que estás hecha.» Así la pobrecilla ya no se quejaba, aleccionada por la experiencia, sino que se iba al mar «á bostezar delante de las olas, para que las olas la viesan que no había comido.»

Confieso que se me desgarró el corazón al oírle esta frase. Yo llevo mucho tiempo de codearme con el dolor, pero aún no sabía que la pena tuviese un dejo tan amargo. ¡Pobre niña! Movido por un impulso generoso, la estreché contra mi pecho y arrimé mis labios á su boca, húmeda y pegajosa. Ella echó de ver bien pronto que con el azuzón me había ajado el vestido y que el roce de su cara me embadurnó el semblante; sacóme sin decir palabra el pañuelo del bolsillo y le restregó suavemente por mi mejilla...

Cuando fui al otro día, la encontré con las sayas arrebuñadas hasta las rodillas, lavándose los pies en las olas, y con la cara tan fresca que daba gusto mirarla. Sonrei, tal vez con cierta expresión de vanidad satisfecha, y la besé repetidas veces en los labios, y aún me permití aquella tarde el lujo de sentarla en mis rodillas y contarle un cuento de trasgos y de brujas para recompensar de algun modo su delicada coquetería.

—¡Ea! le dije cuando nos sorprendió la noche, recógete ya, que es tarde, y hasta mañana.

La niña se quedó mirándome como alelada, con ese aire tonto que se tiene al despertar de un sueño. Después volvió la mirada recelosa en derredor y exclamó, pegándose á mí, con una vocecilla opaca y quejumbrosa:

—¡Me dá miedo!

Yo no había contado con que mi cuento fantástico había de influir en su tierna imaginación, y que, por tanto, las sombras del camino apartado que tenía que recorrer, entre breñas y zarzales, iban á antojarsele fantasmas en su medroso espíritu.

—Yo te acompañaré, díjele.

Pero ella no se movió.

—¿No quieres?

—Es que... me vá á pegar madre, dijo; y acompañó la expresión con un gesto gracioso.

—¿Por qué te ha de pegar, loquilla?

Sonriéndose, me enseñó la cesta de mimbres, que llevaba siempre consigo.

—Está vacía, exclamó con acento doloroso.

Aquella cesta, vieja y rota, llenábase de puntas de cigarros; salíase, al alborar el sol, de las ruinas del castillo, canturreando y saltando por aquellos riscos, y se pasaba los días ocupada en recoger los desechos de los fumadores. Al regresar por la noche, entregaba el producto á su madre, recibiendo algun pescozón como premio á su laboriosidad; pues el vicio de maltratarla era una costumbre en ella. ¿Qué pasaría, pues, llevándole el cesto vacío? Arreglé el asunto dándole una peseta, con lo cual la pobre niña se puso alegre y se avino á que la condujera á su morada.

Pero á la tarde siguiente, corrió hácia mí, en cuanto vió que yo me acercaba al varadero, jadeante, trémula y con el puño crispado:

—Toma tu moneda, gritó sin darme tiempo para interrogarla...

¡Oh! Ella había pensado que si la daba á madre, la golpearía todas las noches que no le trajese el dinero á más del tabaco recogido. ¡Medrada estaba en cuanto sospechase que tenía un protector á quien poder explotar, llorándole lástimas!... No, no: mejor era conformarse aquella noche con el pie de paliza, que fué de órdago, según me dijo.

Y como aún tenía el cesto á medio llenar, dióme un beso y se alejó corriendo hácia el muelle, murmurando con cierto enfado, duro y expresivo:

—¡Colillas!

Ah, ¡Colillas!... Era el nombre que le daban los pilluelos, sus iguales del arroyo...

J. FERNANDEZ LUJÁN.

## HOJAS DE UN DIARIO.

*Doce de Agosto.* Salgo hoy de Manila en el *Varana*:

un vapor hermoso; voy por medio año á Barcelona.

Siento en el alma dejar mi familia... ¡Voy tan sola!... ¡Y en alta mar hay cada ola!... ¡Ay! ¡Qué miedo me dá el mar!

Estoy pasando un mal día; no he comido, me he mareado... ¡Dios mío! ¡cuánto daría yo por no haberme embarcado!...

Son las dos y estoy despierta. ¿Quién duerme, si ya tres veces he soñado que estoy muerta y se me comen los peces?...

Ya pueden agradecerme los tíos esta visita.

Si pudiera yo volverme ¡me embarcaba enseguidita!

*Día trece.* Hoy he pasado el día más aliviada; ya casi no me he mareado, ni tengo miedo, ni nada.

Reina tal cordialidad á bordo, que los viajeros, señoras y caballeros, hemos hecho ya amistad, y sin temor ni cumplido, nos tratamos enseguida, como si hubiéramos sido amigos toda la vida.

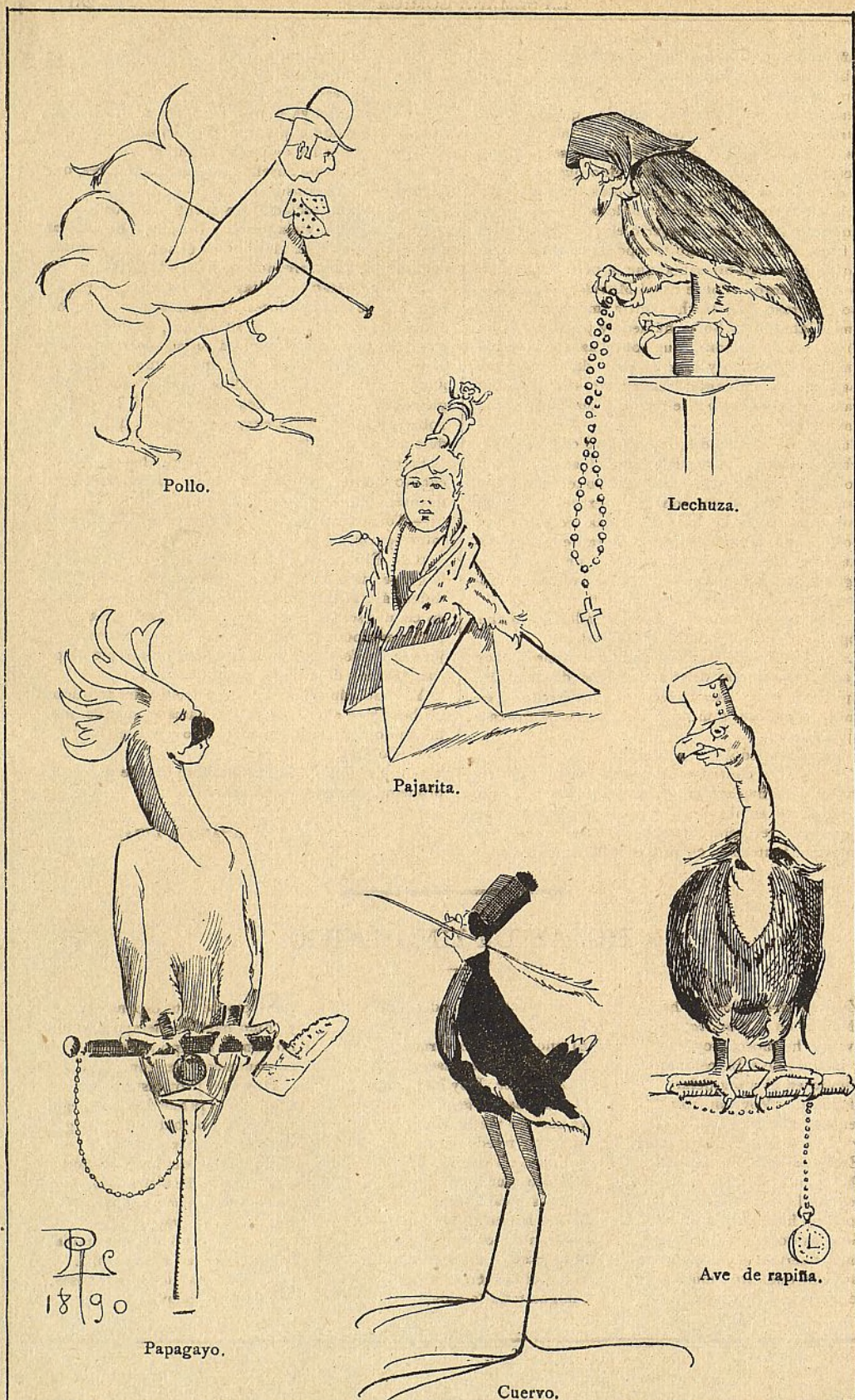
Efecto de esta expansión, y como hace un tiempo hermoso, no damos tiempo al reposo en continua diversión.

Hoy han propuesto jugar á prendas... ¡y han dado un juego!... Luego hemos bailado y luego vuelta á jugar y á bailar.

Yo, amiga del buen humor, no sé lo que he disfrutado. Por cierto que me ha 'bailado el capitán del vapor, que... ¡yo no creí que había jamás caras tan hermosas!... ¡Y que me ha dicho unas cosas... que suspiro todavía!



## GABINETE DE HISTORIA NATURAL, POR LAGO.





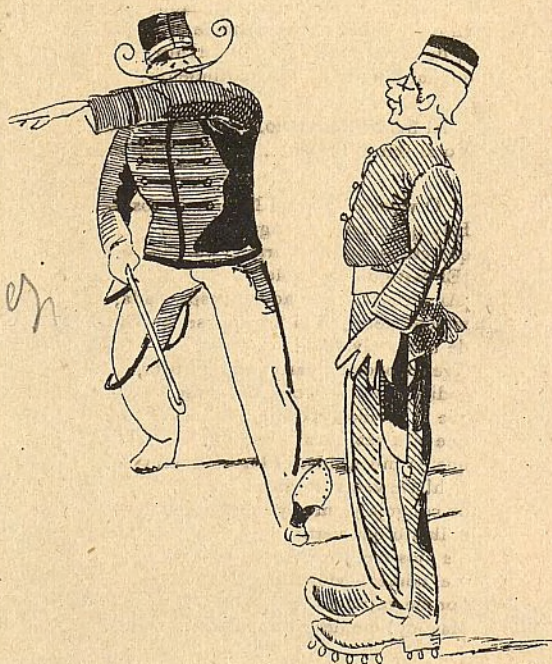
CUATRO QUE RECIBEN, POR LAGO.



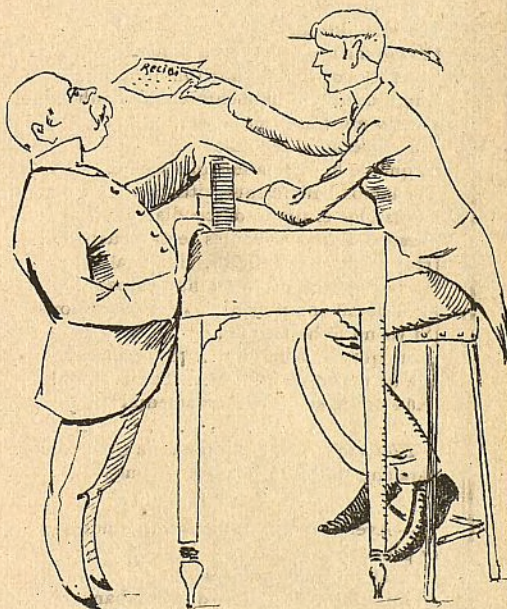
EN EL SALÓN.

EN LOS TOROS.

R  
1890



EN EL CUARTEL.



EN EL DESPACHO.



¡Ay! ¡Qué ojos... y qué bigote!  
En fin, no quiero pensar...  
A cerrar mi camarote  
y á ver si sueño en... ¡la mar!

*Día catorce.* Buena día;  
hace un tiempo delicioso:  
sigue la misma alegría  
y sigue el mar tan hermoso.

Estoy tan preocupada  
con las emociones de hoy,  
que casi, casi no voy  
á poder recordar nada.

Ha sido de noche... ¡Sí!..  
Yo, cansada de jugar,  
estaba mirando al mar,  
cuando él se ha acercado á mí.

Me ha dicho que me quería  
cual jamás quise á ninguna...  
¡Qué hermosa estaban la luna  
y el mar cuando lo decía!

Me ha jurado eterno amor,  
cibiéndome el tallo, y luego...  
¡No sé!... yo he sentido el fuego  
de su aliento abrasador

en mi boca... y justamente  
cuando me iba á desmayar,  
nos ha llamado la gente  
para volver á bailar.

Bailando luego, y después  
de mil protestas de amor,  
me ha dicho... (¡Dios mío, si es  
imposible!... ¡Si da horror!)

Que quiere, sin que lo note  
ni una persona siquiera,  
pasar una noche entera  
conmigo en el camarote.

Le he querido convencer...  
¡Nada! ¡Está firme en su empeño!  
¡Yo me muero!... ¡En fin, á ver  
si lo olvido con el sueño!

*Día quince.* Hemos estado  
juntos, casi todo el día;  
no sé lo que he machacado  
por ver si lo convencía...

Pero, para él no hay razón:  
con acento lastimero  
me dice que no le quiero,  
que no tengo corazón....

¡Ojalá! Por fin, me ha dado  
para que lo piense, un día  
como plazo, y me ha jurado  
que si no me decidía,

para arrancarse mi amor,  
perdido de todos modos,  
va á echar á pique el vapor  
y nos vamos á ahogar todos.

¡Vamos más de cien!... ¿Será  
capaz?... ¡Me acuesto llorando!  
¡Ahora si que puedo ya  
soñar que me estoy ahogando!

*Día diez y seis.* No puedo  
escribir; he entrado ahora  
en el camarote... Es la hora  
del plazo... ¡y me mata el miedo!

¡Qué angustia! ¡Qué situación!  
¿Cierro ó dejo mi honra abierta..  
ó mato al cerrar la puerta  
toda la tripulación?..

¡De tanto como he llorado  
no tengo lágrimas ya!...

*Día diez y siete.* ¡La  
tripulación se ha salvado!..

MARCIAL DE LOS RIOS.

## ¡COCODRILO!

(Siempre verás que el vicio  
se labra por sus manos el suplicio).  
Hartzenbusch

### I.

—¡Ya no me quieres! ¡Ah! ¡Soy desgraciada!...

Tus sospechas me dicen claramente  
que en tí no queda nada  
de aquel amor tan dulce y tan ardiente.

¡Cuán fácil es jurar amor eterno  
y la vida ofrecer cuando se adora!...

¡Y qué fácil también en una hora  
hacer de un corazón horrible infierno!

Aun recuerdo el momento en que, anhelante,  
al oído mil frases me dijiste;

aun recuerdo el instante  
en que de hinojos á mis pies caíste.

Tus labios balbucientes titilaban,  
de tus ojos el llanto descendía,  
nuestras manos ardientes se estrechaban....

¡Hoy sufro al recordarlo, vida mía!

¡Las apariencias sólo me han culpado!

¡Ten de mí compasión!... ¿Ves cómo lloro?

¡Si yo no te he faltado!

¡Si te quiero, bien mío!... ¡Si te adoro!...

¡Ya de mí no sospechas?... ¡Soy dichosa!

¡Aún podré ser feliz eternamente!

*Ella aparte.* —(El llorar es la gran cosa  
para engañar á un hombre facilmente).

### II.

—Ayer volvió á dudar de mis amores

(y pruebas le sobraban);

mas, al ver que las flores

de mi rostro, de llanto se inundaban,

hasta perdón pidióme de rodillas....

¡Qué estúpido es el hombre! Las mujeres  
juegan con él, y, luego, en sus hablillas,  
con lástima nos llaman ¡pobres séres!

### III.

—Hoy casi se me escapa. Hubo un momento  
en que, al ir á llorar, faltóme el llanto,  
y, de rabia, lloré tan bien y tanto,  
que mi lloro tomó por sentimiento.

### IV.

Al fin me despreció. ¡Fué gran fracaso!  
Yo al llanto recurri... ¡mas no hizo caso!

### V.

¿Olvidarle? ¡Jamás! No me es posible.  
Hoy que ya no le tengo, considero  
que era su amor el firme y verdadero.

¡El castigo es terrible!

¡Al verme del que adoro despreciada,  
me convierto en la flor que se marchita  
de todos olvidada!

Ayer le pude hablar. Toda contrita,  
pedile que mis faltas perdonase,  
que al olvido las diese,

que otra vez me adorase,  
que en mis ardientes lágrimas creyese.  
¡Ah! De veras lloraba;

de congoja y amor yo me moría;  
el llanto que vertía

los ojos me abrasaba

y el corazón violento me latía,

porque entonces.... ¡lo juro!... le adoraba.

Mas ¡ay! me despreció. De esta manera



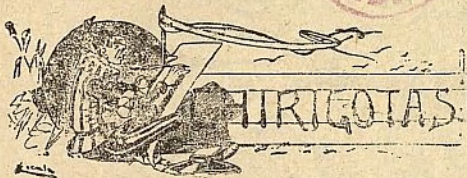
hablome sin piedad por vez postrera:

—«Tanto lloraste ya, que, hoy, aunque viese que formabas con lágrimas un río, no es fácil te creyese pues de ti no me fio; entre varias razones porque eres cocodrilo que, llorando,

pretendes atraer los corazones para irles poco á poco destrozando».

Esto dijo, y quedé de asombro fría, sintiendo una vergüenza abrumadora. ¡Más que mujer, Dios mio, parecía estatua vil que, escarnecida, llora!

LUIS DE VAL



**Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.**

—Dame mi querido Carlos, tres consonantes en *ongo*.  
—¿Para qué? —¿Para mandarlos á los Príncipes del Congo!

En breve empezará á publicarse en esta capital un periódico verde (porque irá tirado de este color) que se titulará «El Chisme. —Órgano de las señoras» Se venderá á 5 céntimos ejemplar y el que ha de ser su director nos suplica digamos que tendrá mucha gracia y mucho aquel y que lo recomendamos al público.

Por dicho lo primero.

Y en cuanto á lo segundo, á lo de la recomendación... no nos atrevemos, francamente. Porque lo de verde nos escama.

Pero en fin, lo veremos... y ya hablaremos.

—¿Por qué usas sombrero hongo?  
—Pues... porque lo quiero usar.  
—Pues lo van aprovechar...  
—¿Quién? —¿Los príncipes del Congo!

De mi colega *Madrid Alegre*:

«Copiamos de *La Crónica de Guadalajara*:

«Se ha ordenado al alcalde de Millana que convoque al Ayuntamiento á sesión extraordinaria y se hagan constar en acta las razones que hayan existido para destituir al secretario D. José Fernández de la Reguera».

No teníamos noticia de que el director de LA SEMANA COMICA, de Barcelona, desempeñara este cargo; pero por si acaso se refiriera á él el suelto

copiado, le diremos que sentimos de veras lo de la destitución.»

Muchas gracias, pero... no hay de que.

No tiene nada de particular que el colega no supiera que nuestro director desempeñara semejante plaza.

Porque tampoco lo sabíamos nosotros.

Y lo que es más extraño —tampoco lo sabía él.

De modo que ahora el buen señor anda todo el día por los rincones, palpándose la ropa y preguntándose: —Pero Dios mio ¿qué soy yo?

¡Ay! porque es terrible cosa vivir cuatro años en la creencia de que es uno director de un periódico y averiguar al fin que el cargo que uno desempeñaba era el de secretario del ayuntamiento de Millana.

—Hombre ¡y mi gato el *Morrongo*!  
—Lo han robado. —¿Qué osadía!  
—¡Ya lo hallarás cualquier día en los *Príncipes del Congo*!

—¿Cree Vd. en la evolución darwiniana?

—Si, señor.

—Entonces, á ver cómo me explica Vd. la transición del hombre al mono.

—Muy sencillamente: despues del mono, el bailarín; despues del bailarín, el gomoso; despues del gomoso, el cochero...

—¿Y despues?

—El hombre, pasando por el vigilante.

«Honor á Dios,» Leonor gritando en misa decía y cierto chusco añadía por lo bajo: «A Dios, honor.»

A. GUERRA.

—¿Qué elegante es Luisa! ¡Cómo me gusta!  
—¡Oh, viste mucho!  
—Si: ví mucho, pero no todo lo que quería.

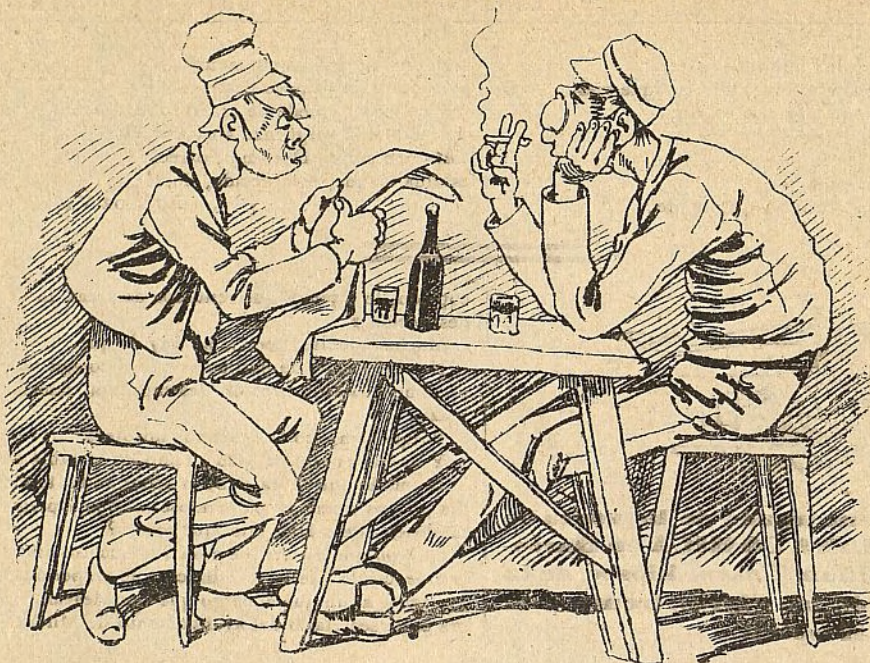
Suplicamos á los señores que esperen contestación á sus cartas en la *Correspondencia Particular* que tengan paciencia hasta la semana que viene.

En el número próximo contestaremos á todos.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje,



ENTRE FABRICANTES, POR PONS.



—Pues el diario dice que la razón está de parte de los obreros.  
 —Bueno; pero nosotros los fabricantes...  
 —¿Fabricante tú?  
 —Y tu también. ¿No fumamos? Pues los fumadores somos fabricantes... de colillas.

## ANUNCIOS

### LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

|                    |            |           |
|--------------------|------------|-----------|
| Barcelona. . . . . | Trimestre. | 1'50 ptas |
| Fuera... . . . .   |            | 2'50 "    |

*Números atrasados doble precio*

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

#### REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º —Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES  
DE 2 Á 4 TARDE

#### UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

#### RECOMENDAMOS

Á NUESTROS LECTORES LA ACREDITADA Y FORMAL

AGENCIA ALMODOVAR

Embajadores, 10

MADRID

que se ocupa de la gestión en todos los asuntos jurídicos, administrativos y comerciales que se le encarguen.

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL  
DE

CALZADA É HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje  
BARCELONA